

EMPAQUETADOS

JUAN MIGUEL AGUILERA
GABRIEL BERMUDEZ
PABLO BUENO
SANTIAGO GARCIA ALBAS
RAFAEL MARIN
FELICIDAD MARTINEZ
RODOLFO MARTINEZ
MANUEL MIYARES
CARMEN MORENO
DANIEL PEREZ
ANTONIO ROMERO
DOMINGO SANTOS
EDUARDO VAQUERIZO

Lánzate sobre él. Deshaz el nudo. Desgarra con tus manos ansiosas el papel que lo envuelve y descubre lo que contiene este peligroso paquete que Sportula ha preparado para sus lectores.

Como especial del día del libro 2014, Sportula ofrece, totalmente gratis, una antología con textos de algunos de sus mejores autores. Aquí están, empaquetados, esperando a que los descubras y te adentres en los universos que han creado.

PRESENTACIÓN

Los escritores son el activo de una editorial. Es algo tan obvio que no debería hacer falta decirlo. Y sin embargo, es necesario. Un editor, no lo olvidemos, no es otra cosa que un intermediario y un filtro. Ambas tareas son importantes y los buenos editores se distinguen de los malos en que saben llevar las dos a cabo con eficacia. Pero, reconozcámoslo, en el fondo un editor existe única y exclusivamente para que los autores encuentren su público, para que los lectores puedan llegar a los libros que quieren leer.

Nuestra tarea es importante. Pero no somos imprescindibles. Aunque no existiéramos, los escritores y los lectores acabarían encontrándose. Si somos buenos, facilitamos esa tarea, pero ya está, eso es todo lo que hacemos. No somos una parte imprescindible del proceso literario; eso lo son los autores y los lectores, porque sin un autor que genere obras, los lectores no tienen nada y, del mismo modo, sin lectores que lo lean, un autor es una voz clamando en el desierto.

Conviene recordar eso, especialmente en esta época convulsa y cambiante que no tenemos muy claro adónde nos va a llevar. «Ojalá vivas tiempos interesantes», dice la vieja maldición china. Y estos lo son, sin duda.

Los escritores son el activo de una editorial, decía al principio de estas líneas. Sin ellos, la editorial no tiene razón de ser y su existencia se convierte en una broma pesada y de mal gusto.

Todo lo demás, digámoslo claro, son zarandajas; o, por usar un anglicismo pelicularo: «*bullshit*».

Es algo que tuve claro desde que inicié la andadura de Sportula, hace algo más de cuatro años. Sin autores, no soy nada, así que más me vale mimarlos, hacer que estén contentos conmigo y conseguir que quieran publicar aquí, que esta sea su casa y que en ella se sientan cómodos y seguros.

Eso he intentado, durante estos años. Diría que lo he conseguido, visto el catálogo de Sportula y teniendo en cuenta que la mayoría de los autores que han publicado conmigo, acaban repitiendo, ya sean recién llegados o veteranos de toda la vida.

Pero, si los autores son mi activo, los lectores son mis clientes. No es cierto que el cliente tenga siempre razón, pero no cabe duda de que a un buen cliente hay que fidelizarlo, ofrecerle un producto que le interese y tratarlo con inteligencia y sin condescendencia.

Creo que la política de Sportula ha ido por ahí. Ediciones bien realizadas, precios ajustados, obras interesantes. Respeto por el cliente, en suma.

Eso ha ido generando una pequeña masa de lectores fieles que buscan en Sportula libros que saben que les pueden interesar y que son, sin duda, mis mejores publicistas. Si los lectores de Sportula van creciendo como lo han ido haciendo a lo largo de estos años es porque otros lectores satisfechos han hablado de nosotros, nos han recomendado y nos tienen, para bien, en el punto de mira de sus comentarios.

Lectores y escritores. Lo único que hacemos es ponerlos en contacto. Intentamos que esa tarea se realice de la mejor forma posible: somos un vehículo, al fin y al cabo, no un obstáculo.

Por tanto, quizá va siendo hora de que me retire. Después de todo, amable lector, no estás aquí para leerme a mí (o, al menos, para leer mis digresiones editoriales) sino a mis autores. No te has bajado este ebook promocional para que te cuente lo bien que Sportula hace las cosas, sino para que te lo demuestre con los relatos que lo componen.

Pasa la página, entonces. Encontrarás a trece autores, trece fabuladores que te llevarán a sus universos personales y te darán una vuelta por ellos. Si ya los conoces, sabes de qué hablo. Si no, estoy seguro de que volverás a por más.

RODOLFO MARTÍNEZ
Gijón, abril, 2014

UN DIA PERFECTO

Juan Miguel Aguilera

Valencia, 1960.

Diseñador industrial, publicó su primer relato en la revista Nueva Dimensión, «Sangrando correctamente», escrito en colaboración con Javier Redal. Frutos de esa colaboración serían también sus primeras novelas: Mundos en el abismo, Hijos de la Eternidad y El refugio.

Con el tiempo, su obra se ha ido orientando hacia la fantasía histórica, un giro iniciado con La locura de Dios, a la que seguirían Rhyla y El sueño de la razón. En los últimos años, buena parte de su obra ha sido publicada directamente en Francia. Con La Red de Indra se adentra en el terreno del tecno-thriller. Recientemente ha publicado Sindbad en el país del sueño, en Fantasy.

Como ilustrador fue durante muchos años (en colaboración con Paco Roca) responsable de las cubiertas de Nova, la colección de ciencia ficción de Ediciones B. En solitario ha realizado un buen número de cubiertas para Gigamesh y otros editores. Hombre inquieto, también se ha movido dentro del mundo del cómic, tanto en colaboración con Paco Roca como con Rafael Fontériz.

En Sportula ha publicado las novelas Némesis, escrita en colaboración con Javier Redal y Náufragos, escrita en colaboración con Eduardo Vaquerizo. Ha participado como autor en la antología Akasa-Puspa, de Aguilera y Redal y ha coordinado Más allá de Némesis.

Además, es uno de nuestros portadistas habituales.

Despierto. A través de la ventana de mi dormitorio brilla el sol y yo me quedo mirando el cielo azul. No tengo ningún deseo de levantarme, parece un día perfecto de primavera, de esos que antes me hacían salir temprano de casa para disfrutar de la tibieza de la mañana.

El aire es ahora incluso más transparente que entonces porque ya no hay fábricas en ninguna parte del planeta. Tampoco hay tráfico porque la radiación lo inunda todo.

Quizá soy el último ser vivo de la Tierra, y solo los cristales con plomo de mi ventana me protegen de una muerte horrible y solitaria.

Me levanto por fin y me acerco a la ventana. Se escuchan lamentos a lo lejos, es el sonido del cemento agrietándose. De vez en cuando se oye el estruendo de algún edificio derrumbándose. Lo tengo claro, dentro de mil años no quedará ni el recuerdo de nosotros.

Pego mi rostro al cristal, he visto algo en el invernadero. ¿Qué es? Parece un montón de ropa tendido entre las macetas del fondo. Bajo a la planta baja y cruzo el corredor acristalado. Un robot poda las ramas de un hibisco. En el suelo hay algo que no debería estar ahí...

Un cadáver, una momia reseca y cubierta de polvo...

Me acerco y veo que era un hombre muy viejo cuando murió.

Muy viejo...

Entonces lo recuerdo todo, las imágenes acuden como un torbellino a mi mente.

No soy el último ser vivo de la Tierra, soy el holograma de un backup, un archivo que recoge un volcado parcial de

la memoria de un hombre.

De último hombre sobre la Tierra... muerto hace mucho.

Un volcado parcial. Parcial...

Despierto. A través de la ventana de mi dormitorio brilla el sol...

HONOR SOBRE RUEDAS

Gabriel Bermúdez Castillo

Valencia, 1934

Gabriel Bermúdez Castillo nació en Valencia en 1934 pero siendo niño su familia se trasladó a Zaragoza, donde se formó intelectual y artísticamente. En razón de su profesión ha residido en diversos puntos de la geografía española.

La compilación El mundo Hokun, de 1971, es su primera incursión en la ciencia ficción. El autor vertió en cinco relatos, dos de los cuales eran novelas cortas (el que daba título a la antología y «Amor en una isla verde», ganador de un premio en la Convención Europea celebrada aquel año en Trieste), las claves de buena parte de su producción posterior.

Algunos de sus relatos son considerados clásicos de la CF española: «La última lección sobre Cisneros» (1978), donde la censura toma carta de naturaleza en el marco de una España sumergida irreparablemente en el ocaso final de los recursos planetarios; y sobre todo «Cuestión de oportunidades» (1982), una crítica a nuestras más bajas pasiones. Y, por supuesto, las novelas Viaje a un planeta Wu-Wei (1976) y El Señor de la Rueda (1986), dos clarísimos hitos en la producción española del género.

En Sportula ha publicado las novelas Viaje a un planeta Wu-Wei y Los herederos de Julio Verne.

Había elegido bien el lugar. Era el viernes, tres de enero del año 2162, y probablemente los helicópteros de Tráfico consumirían las últimas gotas de gasolina de alto octanaje buscándole a él y a otros como él. Desde luego acabarían descubriéndolos (eso era seguro), pero mientras tanto, juntamente con Anita disfrutaría de las últimas mieles de un romance que ya duraba cinco años. Si; había elegido bien el lugar. El día antes había recorrido, a toda velocidad, la autopista Zaragoza-Madrid, había salido en un tramo próximo al Jalón, y había conducido con mucho cuidado por la carretera de la Ribera, ahora abandonada. Por fin, consiguió llegar a un lugar entre dos túneles de ferrocarril. Anita avanzaba con precaución por la planicie de tierra...

—Don Pablo —había dicho—. Me da miedo ir por aquí... El firme es muy malo. Es pura piedra, Don Pablo. Y el neumático delantero izquierdo está un poco flojo; ya le dije que había que cambiarlo.

—¡Calla, tonta! —contestó él atusándose el bigote gris—. Si falta muy poco...

—Si usted lo dice, Don Pablo... ¡Oh, por favor! No me toque ahí... me enerva el roce de su mano en cualquier sitio donde la ponga... Déjeme conducir tranquila, por favor.

—Siempre fuiste muy excitable —dijo él—. Mira... Bajo ese arco de piedra...

—Es bonito, don Pablo. ¿Cómo lo conocía usted?

—Lo he visto muchas veces, desde el tren

A no mucha distancia corría, cenagoso y estrecho, el río Jalón. Más allá, al otro lado del río, las vías del ferrocarril relumbraban bajo el sol invernal... Y un poco más lejos los

abandonados edificios de una fábrica de grava abrían sus negras ventanas desiertas, mientras el viento susurraba en su interior rumores sepulcrales.

Sí; conocía bien aquel sitio. Oculto entre montañas, al final de una carretera olvidada, protegidos por el arco natural de piedra que se alzaba entre los dos túneles ferroviarios (creía recordar que les llamaban «la mina grande» y «la mina pequeña») no iba a ser fácil que les localizasen. Había traído consigo alimentos, agua, y un pequeño bidón de plástico donde pudo almacenar, pagándolos a peso de oro, unos litros de gasolina; los últimos.

Anita se aposentó bajo el arco de piedra. Paró el motor.

—¿Cree usted que nos encontrarán, Don Pablo?

—Lo harán, querida... de eso puedes estar segura. Pero no pienses en eso ahora...

—¿Qué querría oír usted, Don Pablo?

—Música, Anita. De cuando yo era un niño...

Del sistema estéreo de altavoces comenzaron a surgir melodías olvidadas hacía ya mucho tiempo.

Las notas, cargadas de nostalgia, llenas de recuerdos de tiempos que fueron, inundaron los oídos del anciano. Poco a poco, Don Pablo se adormeció en el cómodo asiento del vehículo. Muy lentamente, Anita fue disminuyendo el volumen de la música. Después, pareció que ella también se durmiese, pues sus dos brillantes ojos verdes, que lucían intensamente, mirando al hombre dormido, se cerraron. Transcurrió un buen rato, casi en silencio, sin otro rumor que la acompasada respiración del anciano. Algo le despertó... no sabía qué.

—Buenos días, Don Pablo —dijo Anita, con voz zalameira—. Son las once horas del día 3 de enero de 2162... La temperatura exterior es de dos grados centígrados; la interior...

—No, Anita. Deja eso. Dime algo que me guste oír...

—¿Cualquiera de esas cosas que tanto le gustan? ¿Las que usted me enseñó? ¡Si se las he dicho tantas veces!

—Es lo mismo; dímelas otra vez. Quizá sea la última.

Un suave rumor apenas audible surgió de los altavoces. Era como el rozar de sedas contra una suave piel femenina... La voz de Anita, más intensa, dominó ese rumor.

—Usted lo recuerda bien, Don Pablo. Aquella noche, los dos solos, en Venecia. Caminábamos por la plaza de San Marcos. Lucía la luna sobre nosotros. Y usted tenía su mano en la mía... Yo no quería permitirlo, pero me besó... ¿se acuerda?

—Sí... —musitó el anciano, con voz apenas audible.

—Fue entonces cuando me enamoré de usted, cuando me llevó a su hotel, y cuando sucedieron aquellas cosas tan terribles que...

—Calla —interrumpió él, prestando oído. En efecto, se escuchaba un ligero sonar rítmico.— ¿Qué es, Anita?

—Las aspas de un helicóptero, Don Pablo. Están ahí...

Don Pablo salió del coche. Con la velocidad de un huracán, el helicóptero verde oscuro de la policía de tráfico se situó en la vertical, sobre ellos. De los altavoces que había en la panza del aparato surgió una voz deformada por la amplificación:

—Pablo Gracia. Pablo Gracia. Propietario del vehículo automóvil matrícula M-8876-4539-XR. No lo entregó ayer en el Depósito Municipal del Parque Ontoria para su destrucción, según esta ordenado. Todos los automóviles están siendo destruidos; no hay gasolina. Retírese a distancia del vehículo con la documentación y las llaves...

—¡No, no quiero...! —gritó el anciano. Acarició el suave esmalte del coche. Anita, para probar que lo percibía, abrió y cerró los faros.

—No deje que me cojan, Don Pablo —murmuró, con la voz de una niña abandonada—. No deje que oigan las cosas que yo le decía a usted...

—No; no lo permitiré...

Arriba, los altavoces del helicóptero continuaban vociferando variadas amenazas, mientras el aparato intentaba

descender en la llanura próxima. El viento de las aspas agitaba los ralos cabellos blancos de Don Pablo.

No; no podía permitirlo. No podía ser. Nadie podría oír nunca todos los recuerdos amorosos, todas las frases dulces, todas las experiencias reales o imaginadas, todas las suaves obscenidades que Anita había aprendido... Eso era para él solo. El helicóptero había aterrizado a unos quinientos metros de distancia, y dos hombres uniformados corrían hacia él. Con un gemido, don Pablo abrió el compartimiento donde se alojaba el alma de Anita, o sea las docenas de chips que almacenaban todos aquellos recuerdos. Los dos pilotos verdes, semejantes a ojos de mujer, lucían intensamente en el tablero de mandos; el motor comenzó a ronronear por última vez... Sabía muy bien lo que tenía que hacer. Tomó entre los dedos dos cables, y los puso en contacto... Casi pudo sentir realmente las montañas de información deslizarse entre sus manos, transformándose en nada.

—No, Don Pablo. No deje que me cojan. No deje que hagan conmigo lo que quieran... Pero sigue excitándome su mano sobre mí. Don Pablo... Me encuentro mal... estoy muriéndome... pero eso es mejor... que un destino peor que la muerte... Don Pablo, si solo soy una niña, ¿por qué esos hombres malos quieren...?

La voz calló, bruscamente... Ya no quedaba nada. Anita estaba muerta. Los dos policías llegaron al lado del anciano, y cogieron brutalmente las llaves y la documentación. Uno de ellos ocupó el lugar del conductor e hizo arrancar al coche rápidamente, pasándolo de revoluciones.

—¡Cuidado...! —dijo Don Pablo.

—No se preocupe —dijo el otro—. Ya da lo mismo. Dentro de una hora no será más que chatarra. Acompáñeme; le llevaré a su casa.

Todo había terminado, pensó el anciano. Pero al caminar hacia el helicóptero pudo alzar la cabeza orgullosamente. Sí; todo se había perdido...

Menos el honor.